

La Segunda Revolución Latinoamericana

Por EDUARDO FREI MONTALVA

Los extractos cablegráficos y la reproducción parcial del estudio de que es autor don Eduardo Frei y que apareció en el último número de la revista "Foreign Affaire", han provocado vivo interés por conocerlos. La solvencia de esa revista en el campo internacional la ha constituido en fuente

de consulta en todo el mundo, y en ella colaboran con artículos y ensayos los más reputados especialistas en temas internacionales. El texto completo que damos en esta edición tiene especial actualidad para los lectores latinoamericanos.

N. de la R.—

América latina es una expresión que cubre muchas realidades diferentes dentro de cierto cauce común. Hay por lo menos cuatro Américas latinas: el Brasil, que por sí solo es un mundo; México y Centro América, que a veces parece más lejada para un hombre del sur que la propia Europa; el mundo andino y Argentino.

Pero a pesar de estas diferencias, que son importantes de considerar, América latina presenta rasgos comunes no sólo en cuanto a su origen, geografía y expresión, sino en cuanto a su estructura profunda.

No cabe duda de que se define como un continente joven, idea que puede parecer obvia, pero que no se profundiza suficientemente para apreciar sus rasgos consecuenciales. Tal vez entre los muchos estudios que se han hecho faltan algunos ecológicos y sociológicos profundos sobre este punto específico.

Las viejas civilizaciones tienen demasiados valores que defender y un statu quo muy arraigado. Temen la aventura y el cambio. Son, con los años, prudentes, y cuidan sus tesoros acumulados. Los pueblos jóvenes, a la inversa, no lo son, y pueden, como en los versos de Kipling, "concebir un anhelo". Son inestables y apasionados. Se forjan ilusiones y, más libres de amarras con el pasado y sus raíces, quieren ver en los hechos lo que han leído en los libros; y no siempre son racionales en sus reacciones.

Asimismo éste es un continente de paradojas que contribuyen a esa inestabilidad sustancial.

Contraste de la ciudad ultramoderna y el campo feudal; del centro universitario de alta calidad con el analfabetismo y la carencia de oportunidades para extensos sectores juveniles; de la riqueza desmedida y la miseria; de la existencia de grupos de hábitos refinados frente a quienes viven en las formas más primitivas y a veces brutales; de la industria automatizada frente al desempleo y subempleo en capas extensas de la población.

Estos desequilibrios son también visibles entre los recursos no utilizados y la pobreza, y a veces la extrema miseria de grandes sectores humanos; entre formas democráticas y la falta de verdadera organización, movilidad social y representatividad.

Algunos de estos rasgos, propios en general de países carentes de desarrollo, no autorizan, sin embargo, para involucrar a América latina de una manera superficial y precipitada en el cuadro más genérico del subdesarrollo, porque el hemisferio presenta también características peculiares que sería grave error desconocer para una evaluación de su realidad.

En este Hemisferio Sur son varios los países que están al borde del despegue o con rentas nacionales que bien distribuidas harían posible lo que habitualmente se designa como una sociedad de consumo de masas. La posibilidad de un rápido desarrollo económico es real ya que existen las condiciones sustanciales para lograrlo.

A estos elementos se agregan otros que no son menos importantes de subrayar.

Nuevos Elementos que Provocan Cambio

A la juventud, digamos histórica, del continente, se agrega lo que podríamos llamar su juventud biológica. Cerca de los dos tercios de la población tiene menos de 25 años, hecho que no se aprecia en su real magnitud. Esta juventud está profundamente influida por una mentalidad crítica, que por lo demás es un hecho universal, del cual no escapan por cierto los Estados Unidos, ya que muchas veces es en su propio seno donde están apareciendo las formas más originales y radicales de la crítica y la protesta.

Esta juventud, por el peso de su propia presencia y número, quiere ocupar un lugar en sus respectivos países, y por primera vez se siente participe muy directa de movimientos con repercusión mundial. Tal vez éste sea el fenómeno más característico de este hemisferio. El centro, ya no sólo de las ideas, sino del proceso de cambios, no está en el sindicato o en la base obrera, ni siquiera a veces en los partidos de la izquierda tradicional, como era clásico. Está en las universidades y centros estudiantiles que han asumido el papel de vanguardia.

Reciben ellos del mundo comunista, a través de la teoría marxista, un instrumento técnico y dialéctico para su lucha, especialmente a través en las sociedades subdesarrolladas.

Simultáneamente ese mundo aparece disciplinado y monopolítico, ya que no acepta internamente ninguna forma de crítica o protesta al sistema. A la inversa, los países del mundo libre no ofrecen con la misma atracción un modelo de desarrollo para estas naciones, y en cambio muestran los ejemplos de la rebelión de sus propias juventudes y una gran variedad y originalidad en las formas de pensamiento y acción destinadas a destruirlos.

Pero si en su país de origen su influencia está reducida por la solidez del cuerpo social, trasplantadas sus ideas a estas tierras adquieren proporciones explosivas.

Coincide este proceso con la modificación profunda de valores e instituciones que hasta ayer eran consideradas inmutables.

El primero de ellos es la familia, que en la sociedad latinoamericana ha tenido una connotación diversa y de mayor proyección social que en el Norte, ya sea por su conformación más patriarcal, su raíz rural y las costumbres que imponía un núcleo muy extenso y ramificado. Todo esto está cambiando bruscamente debido a la rápida urbanización y el empleo de la mujer, que aminora el cuidado y control de los hijos, que era característico en estas sociedades. Los modernos planes educacionales les dan a las nuevas generaciones conocimientos que los padres ignoraban, pues eran normalmente analfabetos o apenas sabían leer y escribir, lo que se ha traducido en un cambio en la relación y una pérdida del respeto y por lo tanto de la autoridad y control de la familia.

Igual ocurre en los otros

grupos sociales, donde la contradicción se opera por crisis intelectuales y morales, o por problemas acumulados que hacen difícil la comunicación entre las generaciones.

El proceso de urbanización ha contribuido a dislocar las bases de una sociedad hasta ahora rural, con todo lo que ello significa en el plano humano, social y económico, para ir a incrementar el oscuro cinturón marginal de las ciudades que crecen vertiginosamente. Todo esto agravado por el explosivo crecimiento de la población, con tasas que hacen más agudos los problemas, principalmente de vivienda, educación, salud y empleo.

En estas condiciones el impacto de las comunicaciones es mayor, pues actúa sobre un medio especialmente receptivo a sus estímulos.

Las sociedades más antiguas y de alto desarrollo, con un anclaje cultural más hondo, con una institucionalidad más arraigada, con mayor experiencia, son menos influenciadas por la propaganda. Además, no podemos olvidar que en cuanto a niveles de vida, son ellos el término de comparación y es su ejemplo el que despierta lógicas ambiciones en los pueblos no desarrollados, que pueden constatar visualmente lo que otros tienen y de lo que ellos carecen.

Los que están aún en un grado extremo de subdesarrollo o vienen recién constituyéndose como Estados, no reciben este impacto de una manera tan directa y vital como las sociedades colocadas a medio camino, conscientes de sus deficiencias y de la posibilidad de un cambio rápido. Este efecto de las comunicaciones se acentúa con lo que podríamos llamar el proceso de concientización, al cual contribuyen no sólo las fuerzas políticas que tradicionalmente han impulsado el cambio social sino prácticamente todas las fuerzas sociales que han llegado a la convicción, ya sea sentida o impuesta, de que las actuales estructuras ya no son operantes.

Nueva Posición de la Iglesia

Constituyen también un elemento de considerable influencia las transformaciones que se han operado en el seno de la Iglesia católica, que durante el siglo pasado y la primera mitad de éste constituía no sólo un poder conservador, sino, más que eso, era un pilar o sostén del orden establecido en cuanto a valores intelectuales, conceptos sociales, creencias y costumbres aceptadas.

En el recuento de los factores que han modificado sustancialmente la fisonomía del continente no puede ignorarse la posición de la Iglesia. Ella era sin duda un punto sólido de referencia no sólo para los creyentes sino también para los no creyentes que, aunque a veces la combatieran, contaban con su firmeza y estabilidad, incluso como una salvaguardia para sus propias aventuras.

Hoy la Iglesia católica no sólo es impulsora de los cambios, sino que en su seno surgen planteamientos muchas veces extremos como para borrar una imagen perfilada por siglos. Al-

gunos sectores del clero han sido sacudidos muy profundamente por este proceso que para ellos se ha transformado en verdadera crisis de conciencia y de su propia vocación personal. Eso ha derivado en muchos de ellos a una toma de posiciones en el plano político y social, al cual aportan un testimonio moral, sin mucha consideración de la realidad o de las exigencias técnicas que requiere el desarrollo de estas sociedades para derrotar la miseria. A muchos de ellos se podría aplicar la famosa condenación de Lenin respecto al izquierdismo "como enfermedad infantil del comunismo."

En todo caso, más allá de algunas desviaciones, esta profunda revisión que se opera en el seno de la Iglesia y que alcanza a sus creencias, dogmas y liturgia, será seguramente positiva para este hemisferio, por cuanto en vez de ser un dique para conservar un status inadecuado es un motor para transformarlo, resguardando, al mismo tiempo, valores morales inapreciables. Pero sin duda a corto plazo la gran masa que descansaba en este pilar de seguridad se encuentra momentáneamente como perdida y a la deriva; mientras, como diría Berdiaeff, "el flujo crece y nos arrastra."

Todo este conjunto de factores y otros que sería largo señalar —pero no menos importantes— le dan a esta etapa histórica de América latina un significado muy distinto al de sus periódicas y difíciles coyunturas de crecimiento.

Una Segunda Revolución

La verdad es que es otra la dimensión de la circunstancia histórica que vivimos. A nuestro juicio, una segunda Revolución.

La primera y gran revolución fue la de la Independencia en el período 1810-1830. En cierta manera ella fue una revolución frustrada. Obtuvo una parte de su objetivo: la independencia política y la soberanía nacional, pero no la segunda, que era crear un camino propio para estos pueblos.

La independencia norteamericana no sólo fue un corte del cordón umbilical que unía las colonias a la metrópoli, sino el nacimiento de una nación consciente de un nuevo mensaje, de una nueva forma de vida, con una inspiración religiosa, que fue seguida desde el exterior con admiración mesiánica. La unidad les dio fuerza y sentido universal, y en el interior la conquista y el dominio del continente; a través de la carrera hacia el oeste llenó su vida en el siglo XIX para surgir como potencia mundial en el siglo XX.

En el Hemisferio Sur no hubo unidad, sino, lo que es peor, desunión, rivalidades y guerras. No hubo mensaje ni conquista del interland, sino una civilización del litoral. Sólo hubo una separación. Pero al separarse, todo subsistió: la estructura agraria, la económica y, a pesar de que se cambió el gobierno en cuanto a su sentido real, se mantuvo la misma estructura social y política. El único hecho definitivo fue que esas estructuras, en cierta medida, perdido el control que ejercía la metrópoli, se hicieron más rígidas.

Por eso inevitablemente la crisis política casi permanente en que ha vivido América latina debía alguna vez tener un desenlace, y no es por tanto aventurado pensar que estamos asistiendo a él.

Pero estas crisis periódicas, que en algunos países han llegado a extremos increíbles y que han formado ante el mundo una imagen caricaturesca de lo que ocurría, no han sido sino las manifestaciones externas de una enfermedad crónica y grave. Pueblos que se sentían sin destino; grupos sociales domi-

nantes, sin arraigo en la vida real, defendiendo sus privilegios en sociedades erradas dominadas por el prejuicio y la explotación, llevando una íntima vida importada desde Europa o Norteamérica. La clase media era casi inexistente, y las grandes masas agrarias carecían de todo porvenir. Así se han constituido muchas democracias formales, sin verdadera representatividad, cada cierto tiempo salvadas de su debilidad por golpes militares que han impuesto una imagen de orden frente a la amenaza del caos.

Muy pocas han sido las unidades nacionales que han podido mantener una marcha más o menos organizada en este vasto y caótico proceso.

Pero ha llegado el momento en el tiempo histórico en que entramos a una liquidación final.

Hace diez años cuando se habló de la Alianza para el Progreso, se dijo que si no había oportunamente una revolución pacífica se produciría una revolución violenta. Estamos asistiendo a ella o su amenaza se ha hecho evidente aun para los más ciegos.

La larga acumulación de estos factores encuentra su plena validez en la actual coyuntura. Por eso ya no actúan las soluciones que hasta hace poco tiempo parecían las clásicamente operantes.

Las grandes mayorías agrarias, la crisis de la organización industrial, la aparición de una clase media cada vez más amplia, el nuevo proletariado industrial y su organización sindical, las juventudes y los nuevos grupos integrados por los tecnócratas, las comunicaciones, todo, en fin, dibuja un nuevo cuadro; y hasta las dictaduras militares que en ciertos países eran tradicionalmente el amparo de las clases dominantes, se transforman en izquierdas nacionalistas o en duros regímenes desarrollistas.

Podemos decir que América latina asiste, pues, a su segunda Revolución para buscar su independencia real, humana y económica. Humana en cuanto a la totalidad de los pueblos participan en el proceso de cambios, y económica en cuanto busca construir su propia forma de vida libre de toda influencia colonialista o imperialista.

De ahí que se la sienta sacudida en sus cimientos y que mientras algunos países intentan nuevas fórmulas, otros rigidizan el poder para contener la ola sin dejar simultáneamente de aplicar nuevas técnicas en la acción del Estado, y otros venya venir en forma casi ineluctable la crisis.

Las Perspectivas del Cambio

Lo peor que pudiera ocurrir sería que esa agitación tan honda y extensa sólo produjera, como en el pasado, anarquía e incertidumbre.

Podría decirse que este continente es como el personaje en busca de autor. Dentro de su rica floración en toda clase de manifestaciones de la inteligencia, pareciera que no se le hubiera concedido el genio de la creación política, y que en medio de sus ciudades brillantes, sus novelistas geniales, su prontitud para comprender, hubiera como una parálisis para descubrir fórmulas que le den un curso ordenado, imaginativo y creador para encauzar y establecer ideas y estructuras que interpreten su realidad.

Y el desafío no puede ser mayor. Un inmenso mundo hasta ayer silencioso ha despertado, tiene opiniones, sabe y quiere saber; y nuevas generaciones invaden universidades que se multiplican febrilmente. Las clases que tradicionalmente concentraban el poder se ven sobrepasadas por esta inmensa ola.

Las antiguas estructuras no pueden contener esta avalancha. Fueron hechas para otros tiempos; para otros pueblos; para otras técnicas. Se ven viejas e inoperantes. La verdad es que no se desmoronan sino que parecen estallar ante la presión que surge por todas partes.

No se trata ya de un cambio cualquiera o de las revoluciones locales que comunican periódicamente los cables para recreación y humorismo del lector europeo. Se trata de la segunda gran Revolución para configurar lo que va a ser esta América.

Sería difícil y, más aún, pretencioso pronosticar su futuro; pero es posible señalar algunas líneas de acción o enfrentamientos que le serán insoslayables.

Desde luego parece evidente que la antigua forma de la propiedad agraria sufrirá una transformación definitiva. En casi todos los países del hemisferio se están intentando reformas agrarias de mayor o menor amplitud. Pero se puede asegurar que estos ensayos, en su mayor parte limitados, no serán suficientes.

No todos van a seguir iguales métodos, pero no cabe duda alguna de que el tipo de propiedad, en la mayor parte de forma individualista y extensiva, y sobre todo el tipo de relación de trabajo que ha dominado en la agricultura, desaparecerá muy a corto plazo, por ser un error tecnológico, un contrasentido económico y un imposible social y humano.

Asimismo parece evidente que se están emprendiendo y tendrán que extenderse planes y reformas del sistema educacional, no sólo desde el punto de vista cuantitativo, sino también cualitativo. E igual ocurrirá con los servicios destinados a la salud de la población y al problema de la vivienda.

Es muy cierto que en muchos países estos planes recién se inician, pero existe en otros una manifiesta incompetencia para realizarlos.

Dichos objetivos comunes a los cuales ya no se sustraen ningún régimen, están en el programa de todos los partidos. Pero también es claro que no son éstos los puntos conflictivos ni serán los rasgos que configuran el cambio que se opera ni mucho menos el cauce de esta revolución.

Definiciones Conceptuales

Las decisiones que se aguardan envuelven definiciones conceptuales de mucha mayor trascendencia.

La primera se refiere a lo que podríamos llamar la incorporación de todo el pueblo a la vida de la Nación. Estas sociedades en su mayor parte estaban organizadas sobre la base de oligarquías, la conservadora en la primera mitad del siglo XIX y la liberal racionalista en la segunda.

Las oligarquías, pequeñas en número, han llegado a ser intelectualmente estériles. Quebrado su vínculo con el pueblo, se han convertido en un hecho ahistorico, han perdido su fuerza y, lo que es peor, su prestigio ante la conciencia de clases que representan no sólo el número sino la nueva inteligencia.

Ya no funcionan los programas, aunque contengan ideas positivas o técnicamente aceptables. No se trata de hacer cosas "para el pueblo". Este no las acepta si no están hechas "por el pueblo". Los factores conjugados que analizamos han conducido de una manera irreversible a este resultado.

El crecimiento de los cuerpos electorales es ya una primera manifestación que hace insostenible el poder de minorías capaces de controlar el poder y manipular sectores, especialmente agrarios, en democracias de expresión restringida. Esta

presencia popular masiva encuentra a muchas de estas sociedades desprovistas. Por una parte irrumpen nuevas fuerzas sociales llenas de ansiedad y sin madurez, capaces de expresar emocionalmente, y por la otra es escaso el tiempo para cambiarlas.

En algunos sistemas se intenta por la fuerza postergar la decisión de abrir las estructuras de poder a la participación del pueblo. Pero en sí mismo está planteado el hecho de cómo incorporar al pueblo, hasta ayer marginado, al poder político, al poder económico, al social y cultural, no como objeto de un proceso sino como sujeto y protagonista.

El reconocimiento de esta realidad, por lo demás visible, es la primera condición para entender lo que ocurre en América latina.

Estas sociedades restringidas en cuanto a su base de selección y aprovechamiento de los recursos humanos, con mercados económicos limitados a sólo una parte de la población, sujetos al condicionamiento económico y aún político de poderes mundiales, están condenadas al subdesarrollo o a ver dificultado su despegue por causas estructurales. Su quiebra, entonces, no puede lamentarse.

Asistimos a la crisis de las democracias formales para buscar la construcción de democracias reales, y si el término no tuviera ya una connotación política que lo distorsiona, podríamos decir de las democracias populares. En una palabra, es ya inevitable pasar de una democracia de participación restringida a una de participación amplia de todos los estratos sociales.

Esto implica necesariamente un desplazamiento de los viejos cuadros dirigentes por nuevos grupos humanos salidos de esos nuevos estratos, que son el resultado de las condiciones en que la sociedad se desenvuelve y de una movilidad social efectiva. Naturalmente si la selección se hace en todo el cuerpo social esto se traducirá en una amplia participación de las clases medias y de las clases proletarias, que en un sistema de igualdad de oportunidades pueden inyectar sangre nueva debido a la selección amplia en el vasto espectro de todo el organismo social.

Gabriela Mistral, mujer que por poeta tenía mucho de profetisa, escribió hace muchos años:

"Han pasado los tiempos de las pequeñas dosis para salvar el cuerpo enfermo de estos países; la época se ha vuelto de un tremendo rigor, de una prisa de torrente, y lo que antes bastaba no sirve más. Ahora no resultan válidos sin los sacrificios heroicos como en la vieja edad bíblica, santa y dura. Bastaría oír el mandato social de esta hora con el corazón, que siempre es el oído fiel, y no con la inteligencia, que ha resultado sorda como el corcho, mejor que como la piedra... que algo oye, puesto que resuena".

Es cierto que ya no operan las pequeñas dosis, y muchas veces las políticas concretas que se aplican pueden estar condenadas al fracaso, aunque técnicamente sean inobjectables, si no representan un nuevo espíritu y una nueva concepción humana.

Esta plena participación del pueblo en la vida de cada Nación implica naturalmente múltiples condiciones.

La complejidad y vastedad de las funciones del Estado que estas sociedades no conocían anteriormente, significa el nacimiento de una nueva clase que adquiere por sí influencia y poder.

Otra característica de esta participación es el necesario esfuerzo para redistribuir el ingreso nacional de tal modo que el sector trabajo adquiera una cuota más elevada en la distribución del producto, y al mismo tiempo el Estado la aumente por la inversión social cuyos principales objetivos serían la

educación como instrumento básico para producir la igualdad de oportunidades, la defensa de la salud, la construcción de viviendas, la infraestructura y las inversiones generales para la comunidad.

Sin embargo, la nota fundamental la constituye la organización del pueblo. Las democracias formales que en general han predominado en los Estados latinoamericanos han carecido de órganos intermedios, de tal manera que se caracterizaban por su atomización, como necesaria consecuencia de su concepción liberal individualista que ha operado en nuestros países sin ninguno de los frenos de las sociedades europeas, que tenían contrapesos en sus instituciones y costumbres. La mayor parte de la población ha estado condenada a la marginalidad y alienación. Los sistemas electorales eran restringidos y su ejercicio, transitorio frente a centros de poder permanentes.

La extensión del poder electoral a la cual tiende, entre otros factores, el mejoramiento de las comunicaciones y de los niveles educacionales, no es sino una manifestación parcial de este proceso de participación, pues sin duda la nueva sociedad se definirá por la incorporación del pueblo en todos los niveles en la vida de la Nación.

La organización popular desde la base es la única forma de que todos los miembros de la comunidad se integren a ella a través de estos cauces que le dan efectiva representatividad, lo cual significa, entre otras iniciativas, la extensión y el perfeccionamiento del régimen sindical en el plano económico, la organización vecinal, municipal y regional, la organización comunitaria en la vida nacional, o sea, el reconocimiento de la vida funcional. Esas organizaciones legalmente reconocidas integrarán realmente a todos los componentes de la sociedad en la Nación y harán desaparecer las representaciones consulares que han falseado de una manera tan profunda la verdadera expresión del pueblo.

Pero en este punto se plantea un problema necesario de definir. Esta participación e incorporación no está destinada a reforzar las estructuras existentes que son el reflejo de otra mentalidad y de otra organización social. Necesariamente es una participación en función del cambio, o sea, se trata de un proceso sustancialmente dinámico y creador, y donde más claramente deberá proyectarse es en una reforma del Derecho.

Por otra parte, así como en el plano agrario es inevitable la reforma de la tenencia de la tierra que de acceso a la propiedad y cambie las relaciones de trabajo, se hace evidente que en América latina está en crisis la organización de la empresa privada industrial de tipo capitalista clásico. Tarde o temprano en cada una de estas sociedades se planteará el problema de la organización de la empresa sobre la base no de la relación capital-trabajo subordinado, sino que realmente de una nueva forma de empresa en que el trabajo tenga no sólo participación en la utilidad sino en la dirección, al cambiar el régimen de subordinación por el de la asociación y solidaridad.

La empresa, tal como ha funcionado hasta ahora en América latina, tiene escasas posibilidades de sustentarse en el futuro. En ciertos países esto ya se hace más evidente que en otros, pero difícilmente se escapará alguno de ver planteado este problema.

Otro hecho característico de estas sociedades en esta etapa es que todas marchan, de una manera u otra, hacia la recuperación de sus recursos naturales básicos. El grado de conciencia y desarrollo de estas naciones las lleva a pensar que es por esencia contrario a sus intereses y a su propia persona-

lidad como tales el que los recursos naturales que haya en su suelo o subsuelo —y que le son esenciales, ya sea como materias primas para su propia industria o como factores de exportación, de lo cual depende toda su economía— no pueden continuar en manos ajenas. De ahí que el proceso de nacionalización de estos recursos será inevitable y característico, proceso que en gran parte de algunas de estas naciones ya ha comenzado o se encuentra en plena realización.

Los Problemas del Desarrollo

Dentro de este examen de los rasgos que definen a la América latina de hoy, hay otro que es común a todos estos pueblos.

Para América latina se plantea con urgencia el tema del desarrollo económico y social, sin lo cual el proceso de cambio podría caer en una de las mayores frustraciones de la historia. Así esta segunda revolución por su independencia, y no sólo por su soberanía, podría conducirla a la misma inestabilidad que conoció durante el pasado siglo y gran parte del presente.

Si bien es cierto que para la inmensa mayoría de nuestra América latina es evidente la necesidad de cambios que hemos tratado de resumir, es también cierto que no existe una conciencia suficientemente adecuada de lo que implica un esfuerzo de desarrollo económico y social. Todos están dispuestos a una participación y a una redistribución y a darle a las nacionalizaciones de sus recursos un significado reivindicatorio para satisfacción de los orgullos nacionales, pero pocos piensan en lo que significa

construir un Estado moderno y una sociedad abierta, capaz de crear las condiciones para aumentar el producto, crear los empleos y satisfacer las aspiraciones legítimas de los sectores que viven en la extrema pobreza, cuando no en la escasez y la miseria.

Las condiciones en que debe abordarse este desarrollo se perfilan con algunas características que hacen más difícil afrontarlo.

La primera es lo que llamaríamos el factor tiempo. En lo económico las sociedades desarrolladas tuvieron su etapa de acumulación, en la era industrial, a comienzos del siglo anterior, y pudieron exprimir el trabajo humano sin ninguno de los límites que hoy se conocen. También pudieron acumular gracias a las colonias y a inversiones en países de bajo desarrollo.

Estas sociedades han llegado bruscamente a la era moderna sin tener un capital acumulado y suficiente que implica un proceso de desarrollo.

La segunda limitación paralela a ésta es que resulta difícil en términos políticos pensar que estas sociedades sean capaces de postergar sus aspiraciones sociales por un cierto período para lograr el desarrollo económico que implica continuidad, disciplina, esfuerzo, ahorro, acumulación. No es fácil que esto sea racionalmente aceptado.

La etapa que vivimos hace recordar las palabras de Tocqueville:

“Una de las características distintivas de los ciclos democráticos es la pasión que experimentan todos los hombres por las cosas fáciles y los goces presentes. Esto se advierte así en la carrera intelectual como en todas las demás. La mayor parte de los que viven en los tiempos de igualdad están llenos de una ambición a la vez viva y floja; quieren obtener grandes ventajas, pero no a costa de grandes esfuerzos. Estos instintos contrarios los conducen indirectamente al estudio

de las ideas generales, con cuyo auxilio se lisonjean de delinear vastos objetos a muy poco costo y de atraer sin trabajo las miradas del público.”

Es posible que no haya mejor descripción del riesgo que corren estas sociedades en plena búsqueda de la igualdad después de una era muy larga de desigualdad frente al problema fundamental de una sociedad moderna, como es el del desarrollo económico y social. Este implica para estas naciones una planificación organizada y una gran eficiencia en todo el esfuerzo colectivo, comprendido el Estado y los particulares, y a la vez la construcción acelerada de infraestructuras básicas. Para todo ello, para el descubrimiento y explotación de las riquezas inexploradas o inexploradas, y para la administración de las que nacionalicen, o para establecer sus propias manufacturas, se requiere un enorme esfuerzo de formación científica y tecnológica y la multiplicación rápida y extensa de equipos de mas alto nivel de preparación humana.

¿Se están dando estas condiciones?

En muchos aspectos es de temer que no. La propia crisis de la universidad, que en vez de centros de estudios y de investigación se han convertido en gran medida en centros de lucha para conquistar el poder político y hacerlas instrumento revolucionario, priva a estos países de la formación de capas directivas que salidas del seno del pueblo a través de la universidad, debieran convertirse en el instrumento adecuado en la construcción de la nueva sociedad.

Los Programas y los Mitos

El gran problema de Latinoamérica es la tentación de convertir los programas en mitos, y el proceso de cambios es una mera operación política de la cual quieren alimentarse los que a través de la facilidad “quieren atraer las miradas del público”.

No siempre el proceso de transformación inevitablemente implica un proceso de avance. Los ejemplos en la historia son más que numerosos. Por eso existe una gran confusión en América latina y proliferan toda clase de manifestaciones extremas en que ha surgido como ingrediente la violencia, que no son sino otros tantos síntomas de la falta de un cauce en que el pueblo sienta que realmente está en el camino de una construcción verdadera de la nueva sociedad.

“La violencia —escribió G. Bernanos— es el último recurso de un mundo que se niega a juzgarse a sí mismo.”

Esta tentación de la violencia no es nueva. Fue característica de los movimientos anárquicos que tuvieron tanta importancia a fines del siglo XIX y comienzos del XX hasta la Primera Guerra Mundial, y que están magistralmente descritos por Barbara Tuckman en “The Proud Tower”. Nuevamente aparecen con el fascismo y nazismo entre ambas guerras y hoy surgen otra vez a la luz bajo otros signos ideológicos, pero con una extraña continuidad en su tendencia a utilizar la fuerza, la organización secreta, la aventura juvenil, el estrecho sectarismo, el odio y la violencia como instrumentos de su acción.

Los pueblos latinoamericanos, aún cuando han evolucionado, siguen solicitados por la tentación de convertir en mitos las ideas y los hombres, lo que es una forma de escapismo o de sustituir la parte de responsabilidad personal que exige esfuerzo en todo proceso de cambios. Se corre así el riesgo de repetir en otro plano la dramática insuficiencia política del siglo XIX y parte del presente. En la mayoría de estos países,

exceptuados muy pocos, se vivió en un constante pasar de la tiranía a la libertad, para volver de nuevo a los regímenes de fuerza, en un proceso que ha llegado a ser monótono. Cuando algunos de estos pueblos estaban dominados por dictaduras, la libertad se convertía en un sueño idealizado. Bastaba derribar al gobierno y reemplazarlo por otro en nombre de los principios democráticos para que se operara el milagro. Volver a un régimen de derecho constituía la esperanza mágica; y no faltaba nunca el hombre que concretara las ilusiones y se convirtiera rápidamente en una especie de símbolo mitológico. Durante la opresión se vivía con la ilusión de que el solo cambio y la acción de ese solo hombre producirían casi por virtud propia un nuevo orden que terminaría con la injusticia y el atropello.

Producida la “revolución” y derribado el “hombre fuerte”, se vivía un breve período de euforia, que con rapidez comenzaba a desgastarse. Naturalmente el milagro no se producía. Las viejas injusticias y las distorsiones en que la sociedad vivía se hacían presentes. La falta de madurez política y la exagerada ilusión no podían satisfacerse. Todo planteaban sus reivindicaciones, sus apetitos y a veces también sus venganzas contra el régimen anterior. El hombre providencial, de quien se esperaba todo, lógicamente no podía contentar a todos y a veces no contentaba a nadie. Las aspiraciones eran tan desmesuradas y tan escasa la conciencia colectiva organizada para convencerse de que las soluciones exigían más trabajo que palabras, más responsabilidad personal que sueños desmesurados, que conducían pronto a la desilusión y a la amargura.

El mito se destrozaba frente a la realidad y poco a poco la libertad soñada se convertía en parálisis en cuanto a la acción, cuando no en amenaza de anarquía. Y es así como los que no hacían mucho tiempo clamaban por libertad, poco después comenzaban a soñar con el mito del “orden” y nuevamente con el “hombre fuerte” que pudiera mantener el principio de autoridad.

De esta manera se iniciaba de nuevo el ciclo contrario. Y así indefinidamente, sin encontrar nunca estos países su centro real.

Sin duda alguna que estos pueblos están ahora modificando esta forma de inestabilidad, pero continúan corriendo el riesgo de vivir un ciclo semejante dentro de nuevas imágenes, de nuevos mitos y de nuevas condiciones.

Con frecuencia en los pueblos latinoamericanos se olvida que las transformaciones necesarias que están viviendo y el proceso de desarrollo económico y social que es la condición para que ellas tengan éxito, no pueden ser resultado de ideologías, que es la forma nueva del mito.

Ninguna receta podrá reemplazar, por cierto, la carencia de ideas y también la necesidad en su implementación a través de una planificación eficaz, realizada por gente que realmente tenga conocimientos especializados. Ninguna fórmula podrá obtener el aumento del producto si no hay trabajo, ahorro, capitalización y tiempo. Pero también ello exige un profundo cambio social, porque no existirá esfuerzo sino basado en la solidaridad o en la represión. Y ésta última no puede ser un camino racional.

Ningún sustituto podrá reemplazar la concentración y el esfuerzo que significa formar equipos capaces de absorber la corriente de conocimientos científicos y tecnológicos que fluyen de los grandes centros mundiales, y organizar la investigación y creación de una tecnología adecuada a la realidad de estos países.

Sin estos equipos y sin una reforma social un Estado y una sociedad moderna no pueden

existir ni alcanzar su independencia, que no será construida en la fraseología, la agitación o en cierto grado de pereza mental disimulada por un activismo que se satisface en su propio movimiento, sin tener ningún objetivo profundo. Por otra parte, en la misma medida en que esta élite científica y tecnológica no tenga participación, o por falta de desarrollo no tenga porvenir ni oportunidades de trabajo y perfeccionamiento, se sentirá tentada a emigrar, agravando así uno de los más serios problemas latinoamericanos.

Se puede reproducir ciertas constantes históricas que han sido concomitantes a toda su evolución histórica; y así, para no citar otros ejemplos, podemos observar como en el Caribe la experiencia cubana, una aventura en muchos aspectos heroica, va adquiriendo progresivamente los rasgos de las dictaduras personalistas que ya son clásicas en esa parte de Latinoamérica, y conduciendo al pueblo una vez más a la escasez, al empobrecimiento y a la dependencia de una potencia exterior que la sostiene y en consecuencia, la domina. De esto ya se va formando conciencia mundial.

La Búsqueda de un Camino

Es dentro de este contexto de esperanza y riesgo que la América latina busca a tientas su camino, solicitada por el mundo marxista-leninista, por el humanismo cristiano o por formas nuevas de un nacionalismo autoritario.

Lo que parece indudable es que de este proceso va a salir una nueva América latina que presentará una fisonomía muy diferente a la del siglo XIX y a la primera mitad de este, tanto en su configuración social como económica.

Tal vez el gran problema radica en la capacidad que tenga este hemisferio sur y los distintos pueblos que lo habitan para encontrar fórmulas que reflejen su propia realidad histórica, social, geográfica y humana. Sin duda es fácil la importación de recetas ya consagradas; y son muchos los que piensan que la única manera de organizar el desarrollo económico y social en estos países, establecer una disciplina, superar las tensiones que paralizan la acción, sería usar el instrumental y el modelo de las sociedades totalitarias construidas sobre la base de la ideología y técnica marxista-leninista, cuyos modelos y fuerza dialéctica sin duda ejercen gran atracción no solo en el plano de la acción, sino fundamentalmente del pensamiento.

Sin embargo, pareciera que este modelo contradice el ser profundo de estos pueblos, su tendencia irreversible a la libertad, el respeto por la persona humana, el repudio al estado policial y a la información dirigida. Estos valores, están enraizados muy profundamente en la contextura misma del hombre latinoamericano, aún cuando no estén explícitamente confesados. De ahí emana precisamente su fuerza, porque ya son parte del ser, cualquiera sea la ideología. Asimismo en muchos existe el convencimiento de que este modelo no ha logrado el desarrollo económico y social en los pueblos en que se ha aplicado, y que no existen aquí las condiciones que justifiquen su implantación totalitaria.

Es indudable que estos pueblos debieran trabajar en la creación de un modelo y una expresión propia que emerjan de sí mismos, que no sean simplemente un trasplante importado, porque esas soluciones, en el fondo —aunque no se quieren— crean una relación de dependencia y coloniaje mental y —a la larga, en el juego de los poderes mundiales— una dependencia política.

¿Será capaz América latina de crear esta civilización nueva? ¿Se dejará dominar exclusivamente por los mitos y querrá reemplazar todo el enorme esfuerzo de creación intelectual y material que se requerirá para dar a estos pueblos una nueva forma de vida, por una forma política afiebrada, en que una vez más las palabras desplacen a la realidad con sus duras exigencias? ¿Será posible que en esta América que hoy habla de socialismo, así como ayer habló de libertad, esta palabra encubra un mundo de ilusiones confusas o contradictorias? ¿Será posible que esta América pueda echar las bases de una sociedad fundada en la solidaridad, en las organizaciones comunitarias, en el bien común, en la creación personal? ¿O bien gastará sus esfuerzos en un colectivismo anónimo o en un estalinismo que absorba y someta al hombre? ¿Va a saltar América latina de un capitalismo más o menos primitivo hacia un estalinismo totalitario que sería absolutamente incapaz, como se ha demostrado, de conducir a un desarrollo humano efectivo?

Estos y otros son los interrogantes que gravitan hoy sobre una América latina profundamente agitada.

El drama se repite en cada unidad nacional.

La Integración, Condición para una Respuesta

Ninguna de estos pueblos, aislado, podrá resolver estas interrogantes.

Todos ellos, con excepción del Brasil, por su extensión y población, están limitados en cuanto a las posibilidades de desarrollo. Tienen un techo muy próximo. Ninguno de ellos podrá desprender realmente y, lo que es más importante, si actúan divididos en compartimentos estancos, mantener el nivel y la dinámica que el mismo desprende exige. Ninguno de ellos está en situación de financiar y sostener un verdadero aporte a la ciencia y la tecnología, condición sine qua non para su desarrollo; y tampoco de instalar a costo y aprovechamiento racional las industrias productoras de bienes de capital. Puede que con gran sacrificio puedan aparentar tenerlas, pero siempre en condiciones subordinadas y antieconómicas.

Estas verdades, que son universalmente aceptadas en teoría, no se han traducido en una política eficaz; y a pesar de la ALALC y aun del Pacto Andino, estamos tan lejos de la integración como en los tiempos de Bolívar, y aún más si pensamos en los términos de una mínima coordinación política.

El problema es aún más dramático si se aprecian las nuevas condiciones de la vida internacional, la magnitud de los poderes que han aparecido y la relación de las fuerzas más determinantes en el plano mundial.

Este continente pareciera amenazado de quedar al margen de la historia y no contar en las decisiones mundiales que se orientan hacia otras latitudes.

Esto ocurre no por la acción de otros, sino por vacío interior, por carencia de unidad y decisiones políticas debidamente implementadas. Sin fuerza nadie es escuchado en un mundo duro, sometido a tan tensas solicitaciones. Los que no sben con claridad hacia donde van y se balkanizan tienen muy poco que esperar, salvo la atención de quienes pretenden solo utilizarlos.

Una expresión prometedorra de que se comienza a entender esta verdad es la constitución de la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana (CECLA), cuyo robustecimiento

podría responder a esta necesidad de coordinación para tratar no sólo con los Estados Unidos sino con la Comunidad Europea y con otras regiones del mundo. Existen también algunas otras posiciones que han llegado a

ser comunes y generalmente aceptadas.

El principio de la no intervención y autodeterminación es una norma no discutida. Ningún tipo de intervención exterior que coarte decisiones internas es aceptada. Es posible que se discuta en un momento dado si la intervención podría explicarse por el atropello evidente a derechos humanos esenciales o en formas de genocidio. Pero lo que es evidente para la conciencia colectiva latinoamericana es que ninguna intervención es conveniente para limitar o prevenir en cualquier forma el principio de la libre determinación de los pueblos para darse el régimen político que ellos desean.

Asimismo es un hecho que América latina hoy está convencida de la conveniencia de universalizar su relación con el mundo, sin consideración a los distintos tipos de los regímenes políticos ni a distancias geográficas, hoy por lo demás inexistentes.

La otra dominante en la mente del hombre latinoamericano es que en la relación de países en desarrollo y superpotencias, la división ideológica es cada día menos real frente a los intereses. Y que estos intereses, en especial de Rusia y Estados Unidos en materia de comercio mundial, muchas veces son convergentes, y con frecuencia también antagonicos, al interés de los pueblos en desarrollo; y que los obstáculos externos que frenan el rápido crecimiento económico de los países latinoamericanos no han sido rempujados sino que tienden a aumentar.

Por eso mismo en este hemisferio ha nacido una nueva forma de nacionalismo que no sólo se refiere a la recuperación de sus recursos naturales sino a la independencia en su desarrollo industrial, agrícola y comercial.

El sociólogo francés Alain Touraine escribió:

"Hay momentos, pocas privilegiadas para el historiador: aquellas en que se transforma la condición humana, en que las reglas tradicionales se deforman o se descomponen, en que los actores no son jugadores que razonan frente al tablero de ajedrez, sino muchedumbres o individuos revolucionarios que construyen templos o derriban "Bastillas", que modifican el saber y accionan máquinas nuevas, épocas en que la historia desborda la coyuntura y parece a cada instante imprevisible, prestándose, sin embargo, más frecuentemente que nunca a la comprensión."

Nadie podría discutir que en nuestra América la historia está desbordando la coyuntura y que esta parece a cada instante imprevisible. Sin embargo, lo primero que es indispensable para construir una política es un esfuerzo de comprensión. Porque ningún cuerpo, como ninguna política, adquiere vida si carece de alma.